

Verano/12



(Por Sandra Russo) Por fin el pagador se da vuelta y la mira. Tiene color de dos. Hace media hora que está ahí parada, esperando que alguien desista y libere naranjas, celestes, coloradas, marrones, alguna. Le dan verdes, esmeralda. Como tus ojos, le dice el pagador. Ella hace que no escucha. Consigue acercarse a la mesa a la altura de la tercera docena. Pone una ficha en el 30, otra en el 31 y otra en el 27. Más allá no llega. Sale el 11. Un viejo la lleva por delante para desparramar infinitas bicolores.

Ella mira fijo al 3, rojo, en la punta. Está tan lejos. Es tan inalcanzable. Intenta llegar pero son cuatro o cinco cuerpos los que se le interponen. No puede ni aproximar la mano con su ficha verde esmeralda tan dispuesta, tan segura. Toca el hombro de una señora que le aplasta el monedero en la cintura. La señora no responde. Todos están frenéticos colo-

cando su suerte. Ella se apura y corre del otro lado de la mesa. Por allí tampoco hay paso. La dificultad se le presenta como una prueba irrefutable. Ese es el número. Un hombre alto y desgarrado apoya el pie sobre su sandalia. No siente dolor, apenas un leve mareo. Empuja a dos adolescentes que flirtean con el pagador. Ellas la empujan más fuerte. Aprieta la ficha verde esmeralda mientras por encima de algunas cabezas distingue al 3, que todavía está desnudo.

Por fin él la ve y entiende que esa chica necesita ayuda. Ella gira la cabeza y los ojos se cruzan. El sonríe. Ella no. ¿Me ponés esta ficha en el 3?, le dice ella. El dice cómo no. Desde un hueco de la segunda docena ella ve cómo la mano grande de él apoya la ficha verde esmeralda justo sobre el 3, en el medio exacto del 3, y cómo sobre el redondel verde esmeralda él agrega una ficha dorada.

No va más, dice el tirador. No va más, repite el pagador. La bola salta, vertiginosa, recorre las posibilidades, se roza con los números en un sentido contrario que imita la manera en que muchos se aproximan al amor. Sale el 20, pero eso no tiene la menor importancia.

a s i n o

El cielo sobre Santiago a veces funciona, a veces brilla y aparece azul, logra romper la niebla, la bruma. Camino bajo ese cielo, que está anaranjado porque el sol seguro se puso sin que me diera cuenta y las calles están rotas, inmensos hoyos se abren frente a mí, excavaciones profundas desde donde unos punkies perdidos aspiran neopren y pareciera que la Plaza Italia se iluminara entera, los neones tiñen las gárgolas y allá en los altos una anciana cierra una cortina y se persigna.

Es bueno sentir el aire en la cara, el abrigo que roza la vereda, el frío que hiela pero no congela. Durante estos últimos días he perdido mi rumbo, me he encontrado chocando conmigo mismo. El Pelado Talavera y José Ignacio Bascuñán son lo mejor que se puede esperar en cuanto a amigos, pero tienen su vida y no puedo contar siempre con ellos. Ellos están recién empezando y no tienen cuando parar.

Anoche salí con ellos. Siento que todo ocurrió hace un mes, pero es sólo la sucesión de estímulos, emociones fuertes y sicotrópicos de más. Falta de costumbre, nada más, nada menos. De un tiempo a esta parte me he ido dando cuenta que el día que más me cuesta llenar es el jueves. Para eso están los amigos solteros: para salir de caza y embriagarse con el espíritu metropolitano. Opté, erradamente, por iniciar la noche con algún estimulante que me permitiera recuperar la energía que siento que ya perdí para siempre. Usé el contacto de mi hermano Diego y llamé al tal Damián Walker y sus servicios de pizza-a-domicilio. Tal como me instruyeron, solicité una pizza con pollo y anchoas. Para no sentir el silencio, puse la Interferencia y subí el volumen. No demasiado tiempo después, el propio Damián llegó con la pizza, los tres sobrecitos solicitados escondidos en la caja de cartón y un cara de perdido que me asombró. Mis amigos no tardaron en llegar. Les ofrecí pizza. José Ignacio optó por un par de líneas y Absolut Citron. La noche recién vislumbraba su potencial. Unos yuppies—algo me hace reconocerme en ellos, algo me hace rechazarlos—pasan a mi lado y ni me ven. Sigo caminando, por el parque, a la sombra de los castaños y los faroles importados de París. Sé adónde voy, pero sé que es una excusa. Una excusa a veces es mejor que nada y lo asumo. Mi madre me contó del nuevo trabajo de la Paula; es allí adonde me dirijo.

Después de unos tragos y de escuchar, con excesivo detalle, los pormenores de una transacción que al Pelado Talavera le había justificado la semana, decidimos que lo mejor sería no dejarse llevar por los impulsos un tanto conservadores de siempre y hacer algo total y radicalmente distinto. Partimos así a un extraño pero no por eso menos cautivante lugar con delirios de night-club que no era más que una boîte decididamente decadente que ostentaba una cierta pretensión y exotismo. El local estaba a un costado del parque

Bustamante y el letrero de la entrada bañaba los viejos plátanos orientales con una luz verde-agua. El lugar era un secreto muy bien guardado porque no sólo estaba lleno sino que la clientela la conformaban tipos de mi edad, de buen nivel, que celebraban una despedida de soltero. Lo más asombroso del sitio, sin embargo, era un inmenso estanque de agua iluminado de calipso. En vez de presentar bailarinas topless, los creativos propietarios sumergían unas cuantas sirenas criollas a las profundidades del estanque; el show duraba hasta que se les acabara el aire. Un grupo de japoneses con tarjetas doradas y las corbatas salpicadas de polvo blanco terminaron invitando a todos a todo. Antes de irme, me acuerdo, vi que el soltero que despedían flotaba, desnudo y borracho, en el agua, rodeado de peces fucsias y una chica teñida que trataba inútilmente de excitarlo.

Podría llover o yo podría andar con un sombrero, un impermeable y un cigarrillo. Estoy de espía, me dedico a mirar, con los ojos escudriño la calle, no dejo de observar la puerta de ese banco. Todo es inútil y de una disquería se escucha a Sting cantar "There's a Moon over Bourbon Street", pero no hay luna llena esta noche, sólo un cielo iluminado, y pienso en otro tipo de días, o de noches, yo sentado en una cuneta en el French Quarter de New Orleans, tomándome un Southern Comfort muy helado, de la mano de una Paula distinta, fascinada con ese mundo nuevo, fascinada de estar compartiéndolo conmigo.

Antes, cuando creía en los finales felices y en la fidelidad, me gustaba volver a casa lo más rápidamente posible. Ahora no tolero estar ahí. Pienso en ella y en cómo todo se arruinó tan rápido. José Ignacio me lo advirtió: no te cases, papito, vas a sufrir mucho; estás demasiado joven aún.

Me acuerdo que salía temprano de la Bolsa, tomaba el Metro, compraba flores en Providencia y subía a prepararle unos Amaretto-sours. Cuando la Paula regresaba, elegante y perfecta, todo estaba listo, la radio Horizonte tocando su música para el adulto-joven y yo con un par de anécdotas listas para lanzárselas, porque una de las cosas que le gustaban de mí era que yo era capaz de hacerla reír y cuando ella se reía, todo valía la pena.

José Ignacio me dijo hace poco, totalmente de improviso, que es imposible creer que

Juventudes descarriladas, fin de milenio y el tan excitante como terrible estigma de creerse fuera de todas las cosas caracterizan la narrativa del joven escritor chileno Alberto Fuguet (Santiago 1964). Fenómeno de popularidad, tótem de la generación local y suceso de ventas en su país, Fuguet—"La sobreexpuesta vida de Enrique Alekán", "Sobredosis", "Mala onda"—ya goza de un saludable prestigio cult en la Argentina. El cuento que aquí se presenta corresponde a "Por favor, rebobinar" (Planeta), novela atómica de reciente aparición en Chile.


uno va a volver ileso, limpio, después de haber pasado por superficies rugosas. Lo que uno ha hecho, ha sufrido, lo acarrea siempre. La gracia, me dijo, es que ese bulto sea una mochila sino una simple experiencia. Cuando uno ya ha visto, es imposible cerrar los ojos.

Después de la boîte náutica, decidimos vernos por los laberintos de lo que el lado Talavera denomina el Village criollo. Terminamos en el Café del Biógrafo, de la calle Lastarria. Estaba repleto y sonaba jazz un tanto abigarrado que me pareció adecuado al ambiente reinante. Nos sentamos peligrosamente cerca de una mesa con otros notables mujeres jóvenes que estaban solas y tenían una facha de intelectuales que asustaba un tanto. Al rato, gracias a la gestión de José Ignacio y su entrenada sonrisa, unimos las mesas. Según el Pelado, ellas eran típicas representantes de lo que él llama chicas posmodernas: aparentemente muy seguras de sí mismas; esas miradas como diciendo "no te pesco" aunque en el fondo se mueren de ganas; ese look aprendido de la *Interview* (cara pálida, labios rojos, pelo corto, anteojos retro); y, claro, los infaltables vestidos negros apretados. El Pelado dijo que estaban bien para pasar el rato, pero él prefería mil veces el modelodesconstructivista: más sano, más fácil, más tierno. La posmo cuando

El cielo sobre Sa

Por Alberto Fuguet

Página 12 también
veranea
en la costa



Encuéntrelo en

Pinamar • Villa Gesell • Mar del Plata
Dolores • Gral. Madariaga • Miramar
Chapadmalal • Necochea • San Bernardo
Santa Teresita • San Clemente del Tuyú

huye, me explicó el Pelado. La des-
 estructurista, en cambio, cuando siente,
 no hay dónde perderse.
 edimos unos kir-royal y varias tablas de
 so y una chica levemente colorina, perio-
 a de una de esas revistas de izquierda que
 subsisten, me empezó a fascinar con su
 nto de que estaba preocupada por Luisa,
 sicóloga, porque tenía un amante cubano
 la había abandonado.
 Yo fui donde un tal Max y me enamoré
 o de él que me tuvo que retirar—opinó una
 ca que, según el Pelado, era mitad posmo,
 ad desestructurista.
 a periodista se llamaba Ignacia Urre y yo

tiago



pensé qué hacía una chica como ésa en un am-
 ambiente como ése, en especial cuando sus ami-
 gas empezaron a discutir temas como los pe-
 zones umbilicales y el abuso infantil.

Una tipa de nombre Sara Subiabre rápida-
 mente desvió el tema a la figura de Frida
 Kahlo y al lesbianismo como opción.

—Venga, no porque una tía se acueste con
 otra significa necesariamente que sea lesbia-
 na —opinó la tal Ignacia.

—Se nota que no lo has hecho—le dijo la Su-
 biabre.

—¿Cómo sabes? —le contrarrespondió en
 forma alarmantemente coqueta.

—Te hubiera quedado gustan-
 do y ahora andarías comi-
 gito.

El tema, por suerte,
 terminó diluyéndose, y
 después de más kir-royal la con-
 versación se fragmentó. La Ignacia se acer-
 có más a mí e iniciamos nuestra propia con-
 versación. Me habló de una tal Sylvia Plath
 y de una jarra de cristal, de que no toleraba
 a García Márquez y echaba de menos la mar-
 cha de Madrid, donde estuvo un año becada.
 También me informó de que daba gracias a
 Dios que no estudió en un colegio de izquier-
 da y que odiaba la tarjeta de crédito que le
 obsequió su padre como regalo de cumplea-
 ños.

—Como opina la Luisa, cuando uno no ama,
 compra—me dijo, casi susurrando.

Yo le conté algo de mi vida, de mi separa-
 ción y lo que opinó de la Paula me dolió por-
 que quizás tenía razón. Después me tomó la
 mano y me pidió una opinión:

—Enrique —me dijo—, me están ofreciendo
 escribir una columna en la revista *Aché*. ¿Qué
 opinas? ¿Debería aceptarlo? Quieren que re-
 porte la noche, la vida social. Vamos, que
 escriba cuentos a partir de aquellos que sien-
 ten la compulsión de ser observados. No hay
 problema de extensión. Tendría muchos más
 lectores y hasta una cuota de poder. Yo, en
 rigor, quiero ser escritora y me parece que ése
 no es mal camino. ¿Tú qué crees?

—No creo que me corresponda involucrar-
 me.

—¿Tú siempre eres así o es un residuo de tu
 separación?

—¿Así cómo?

—No creo que tenga que explicarte, ¿o sí?

Cuando las aromáticas velas ya no ardían,
 nos fuimos. Nos subimos a una serie de au-
 tos y las chicas nos llevaron a una fiesta en
 un viejo palacete que se caía a pedazos por la
 calle Moneda abajo, pleno west-side, como
 me explicaron. Empezó a sonar música del
 año anterior.

—No hay nada más pasado de moda que lo
 que recién pasó de moda, ¿no crees? —me pre-
 guntó mientras mordisqueaba un trozo de su-
 shi.

La fiesta era de gente de teatro y un tipo de
 zancos tragaba fuego y alguien estaba de cum-
 pleaños y todas las chicas posmodernas bai-

laban entre ellas mientras que unos tipos se
 encerraban en el baño a besarse. En medio de
 todos ellos, mi hermano Diego —¿qué hacía
 ahí?— no paraba de manosear a una quincea-
 ñera totalmente anoréxica que vestía sólo una
 polera defutbolista que le quedaba grande.
 Avancé hasta el final de la casona donde me
 encontré, degustando unos fierritos a la teri-
 yaki, con mi primo Julián Assayas. Estaba
 junto a Pía Bascur, la modelo de moda, que
 ahora es su novia de turno.

—¿Qué haces acá, primo? —le pregunté.

—Son amigos de la Pía. Ellos nos invitaron.
 Se supone que es gente creativa. No los to-
 mes a mal. Parecen peor de lo que son.

—Yo creo que no tienen idea cómo son. Es-
 tán seriamente perdidos.

—No seas cartucho, Enrique —me dijo la
 Pía—. No todo el mundo puede ser igual que
 tú.

Ahí me di cuenta que yo poco tenía que ver
 con esta gente, con este mundo. No lo enten-
 día, me era ajeno. Quizás las cosas avanzan
 muy rápido o yo, como esa música, ya estoy
 pasado de moda.

—No pienses, actúa —me dijo esta chica
 Urre, que se veía bastante menor que yo.

—¿Qué?

—Que me saques a bailar. Me carga bailar
 sola.

Comenzamos a bailar en el parquet. La ti-
 pa se sabía mover. Después me desanudó la
 corbata. Mi hermano Diego me guiñó un ojo.

Más tarde, mucho más tarde, desperté.

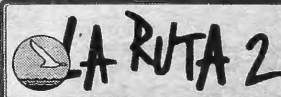
Eran las cinco de la mañana y no sabía dón-
 de estaba. Estaba tapado por un plumón.
 Un poster de un tal Rimbaud me miraba direc-
 tamente a los ojos. Revisé algunas de las revis-
 tas españolas que estaban esparcidas en el sue-
 lo. Después la miré dormir. Quise dejarle una
 nota, pero me arrepentí. Comencé a vestirme
 en silencio. Pensé en quedarme, servirle desa-
 yuno, pero un café en la cama es un compro-
 miso y creo que aún no estoy listo. Salí a la
 calle y la brisa y el rocío me azotaron. Me do-
 lí la cabeza, el corazón me bombardeaba de
 más.

¿Por qué uno siempre escapa de lo que más
 desea?

Ahora ya es de noche y el frío no es bro-
 ma. Llevo varios minutos esperando. Las
 puertas del banco se abren y aparece la Pau-
 la. Perfecta, como siempre. Peinado nuevo,
 tacos altos, una chaqueta con hombreras. De
 pronto, se da vuelta. Todo para, siento que el
 mundo se triza, me quiero morir, desapare-
 cer. Ella me mira un rato, pero noto que no
 es su mirada y que lo que mira es el horizon-
 te, algo que está más allá. Siento como si su
 mirada me atravesara y buscara otra cosa.
 Después se da vuelta como si yo no estuvie-
 ra y desaparece, se pierde entre la gente y yo,
 sin querer, me río un poco, quizás de puros
 nervios y salgo de la estación y el cielo sigue
 allí, fiel como siempre.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.

COVISUR ESTA TEMPORADA, LE BRINDA LA SEGURIDAD
 Y EL CONFORT DE PODER VIAJAR POR EL PRIMER TRAMO
 DE UNA RUTA CON DOBLE CALZADA, UNA HACIA CADA LADO.



Resumen: Pedro Pirovano, ex-
quero que se mueve en Buenos Aires
y usa un guante izquierdo de guar-
davalla permanente, lleva una vida
complicada en lo personal y agitada
en extraños negocios aventureros.
Ante el asesinato de su amigo el Tro-
glodita, sube a la secreta cúpula de
su edificio en Avenida de Mayo y con-
tacta con el misterioso Subjuntivo.

13 SUB- JUNTIVO

Las nueve pantallas se iluminaron
simultáneamente mientras la cúpula
entera se oscureció en fraguada noche
cerrada con todas las estrellas. El
efecto me sorprendió una vez más. Sa-
bía que era un mero simulacro, un ar-
tilugio más de la construcción para cre-
ar un clima adecuado en el momento
de contacto; sin embargo, nada me qui-
taba la sensación mágica.

Se lo había dicho alguna vez a Sub-
juntivo:

—Es como entrar en la cúpula-astro-
nave de la casona de Sherlock Time,
una de las historietas más hermosas
que leía, de pibe...

—Supongamos que la sensación sea
la misma, Catcher —me había conte-
stado—. No temas volver a sentir algo
que te emocionara alguna vez.

Era su manera elíptica de aprobar
—no sé si puedo formularlo en estos tér-
minos— lo que yo sentía.

Porque él en el fondo no aprueba ni
prohíbe; no afirma siquiera. Es otra co-
sa.

Subjuntivo no se llama así. No se
llama, directamente. Subjuntivo le pu-

se yo cuando descubrí que era el úni-
co modo verbal que utilizaba para co-
municarse: el modo humano por anto-
nomasia, el que inventamos para ex-
presar el deseo pero también la du-
da, el temor. El indicativo y el im-
perativo ya estaban cuando lle-
gamos, utilizarlos es una forma de
impostura para nosotros: su-
pongamos, si existe, que son los
modos de la palabra de Dios. La naturaleza es Su dis-
curso indicativo, pero no es
nuestro modo.

Tal vez por eso desconfío
de las pobres, autoritarias lenguas sin
subjuntivo.

Yo tampoco me llamo Catcher. Así
me puso él en las mismas circunstan-
cias, cuando hubo que convenir un có-
digo de comunicación:

—Quizá tu profesión ocasional sig-
nifique algo más que una forma elegi-
da para que te ganes o pierdas la vida...
—sostuvo, sugirió para que pensara.

—Soy arquero por vocación, no por
descarte —dije yo, que todavía creía que
lo era pese a todo, y con un orgullo
inexplicable—. No es que de pibe no su-
piere jugar al fútbol, patear, hacer go-
les, y entonces me mandaban al arco.
No: sucedió, simplemente, que a mí
me gustaba atajar. Era lo que más me
gustaba.

Se hizo un breve silencio, como pa-
ra que yo mismo me escuchara, supon-
go.

—Como a Holden Caulfield —dijo él
de pronto. Dudé. Un arquero no pue-
de dudar pero dudé; fue apenas un ins-
tante:

—Claro, como a Holden Caulfield...
—asentí lleno de miedo y un orgullo un
poco más sutil y diferente del anterior.

—Acaso convenga que seas Catcher,
entonces —dijo Subjuntivo con espe-
ranza satisfacción—. Un catcher que
no se quede oculto en el centeno sino
que se mueva por el mundo, o al me-
nos por el Sur.

De pronto sentí que la metáfora de



Salinger —un fervor común con el im-
previsible Subjuntivo— se desplegaba
en otra dimensión, iba más lejos de las
intenciones del solitario y autoconfi-
nado Maestro:

—¿Hay otros "catchers" o como se
llamen por el Norte? —me atreví a pre-
guntar.

—Mejor que los haya, Catcher... Y
por el Este y por el Oeste también. Si
Magia no creciera, si Mafia no encon-
trara obstáculos...

Subjuntivo había dejado la frase en
el aire.

De algún modo me incomodaba el
esquematismo de la oposición Ma-

fia/Magia que fundaba todo ese mun-
do extraño, secreto, terrible y maravi-
lloso al que me estaba abriendo.

Subjuntivo debe haber intentado mis
sensaciones porque continuó:

—Acaso te suene apocalíptico, Cat-
cher, pero supongamos que muchas co-
sas sigan sucediendo, como en tu ca-
so, por simple y aleveoso arte de Ma-
fia.

Y ahí no pude evitar desviar la mi-
rada a mi mano mutilada, todavía ven-
dada entonces, con huellas de una sa-
ña que me había sorprendido tanto co-
mo la misma violencia inexplicable.

—Supongamos —prosiguió— que en

cierta perversa forma se haya tendido
una red inextricable de poderes e inte-
reses que haga impensable la justicia
o la equidad porque Mafia controle
también a los encargados de controlar.
Mejor dicho, para que lo entiendas con
una metáfora de tu medio, que se sos-
peche que los arqueros y los árbitros
estén comprados...

—Es necesario el arte de Magia
—complete.

—Arte y parte de Magia —comple-
tó.

Y así fui parte de Magia.

Ese diálogo sucedió hace mu-
cho tiempo. A comienzos de los
ochenta, en la trastienda en penum-
bras de una cantina ruidosa de cum-
bia y ron, cerquita del mar, en Ba-
ranquilla.

Subjuntivo era, en ese momento
—porque nunca supe si es alguien en
particular o es simplemente un modo,
una manera de ser de muchos o varios—
un hombre oscuro, gordo y transpira-
do que soportaba apenas el traje de li-
no increíblemente holgado pese a su
tamaño. Sutil, culto e inteligente has-
ta la saturación, lo disimulaba bebiendo
sucesivas cervezas probablemente
tibias, que acumulaba después, enfila-
das sobre el piso de tierra, con la satis-
facción de quien coloca los palos de
bowling en su lugar luego de un strike.

—Tal vez sea conveniente a esta al-
tura que sepas —dijo en la parte final de
aquel encuentro— que si la Magia sos-
layara la tecnología, si le dejara por
prejuicio el monopolio a la Mafia... —se
interrumpió e hizo un gesto de auto-
degiello.

Y entonces me explicó lo que ven-
dría, lo que haría posible lo inimagina-
ble, lo que me llevaría a estar en esa
cúpula secreta en pleno Buenos Aires,
conectado íntimamente a una máqui-
na de nueve pantallas que ya parpade-
aba la señal de contacto.

Mañana: 14. El intruso.

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de
modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

ACOMODO
HUEVO
LECHE
AZUCAR
BATIR
HORNO
FLAN

ACOMODO
HUEVO
LECHE
AZUCAR
BATIR
HORNO
FLAN

ESCALERAS

Pase de un escalón al
siguiente cambiando una sola
letra por vez.

PARIR
NACER

CARPA
CIRCO

ESCALERAS
PARIR, NACER, B. Carpa, carpo, carro, ci-
rco, circo.

ACADEMICO

Descubra el verdadero significado de cada
palabra. Hay cinco respuestas correctas A,
cinco B y cinco C.

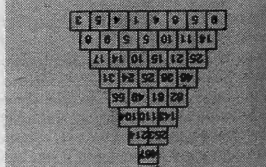
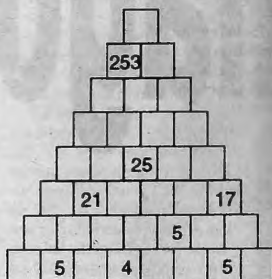
1. Rucio - A: Tosco. B: De color gris. C: Ins-
trumento que sirve para hilar.
2. Ruco - A: Viejo, gastado. B: Pájaro denti-
rrosto de Europa. C: Huérfano.
3. Rufo - A: Metal del cuerpo del platino. B:
Malhumorado. C: Rojo.
4. Ruginoso - A: Mohoso. B: Furioso. C: Ge-
neroso.
5. Runcho - A: Marsupial parecido a la nu-
tria. B: Descuidado. C: Mestizo.
6. Runfla - A: Parque de recreo. B: Multitud
de personas. C: De baja calidad.
7. Socapa - A: Capa impermeable. B: Pretex-
to. C: Sitio donde da el sol de lleno.
8. Socarrén - A: Astuto, taimado. B: Galería
o mina subterránea. C: Alero de un tejado.
9. Socoyote - A: Carnívoro americano. B:
Benjamín, hijo menor. C: Indecente.
10. Sofí - A: Sabio. B: El que dirige el coro en los
oficios divinos. C: Antiguo soberano persa.
11. Solano - A: El viento de oriente. B: Lugar de
cultivo de papas. C: Revestimiento.
12. Soledoso - A: Perteneciente al solar. B:
Descansado. C: Solitario.
13. Uncia - A: Escritura en letras mayúsculas
que se usó en Europa desde el siglo IV hasta
el siglo VII. B: Moneda romana de cobre. C:
Yugo al cual se ata un animal.
14. Uro - A: Bisoite europeo casi extinguido. B:
Dolor sentido al orinar. C: Acido nitrogena-
do eliminado por el organismo que se en-
cuentra en la orina.
15. Usgo - A: Búsqueda, investigación. B:
Asentimiento forzado. C: Asco.

CALIFICACION

15 puntos _____ académico
11 a 14 _____ maestro
6 a 10 _____ bachiller
5 o menos _____ alumno

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides
colocando un número de una
o más cifras en cada casilla,
de modo tal que cada casilla
contenga la suma de los dos
números de las casillas
inferiores. Como datos se dan,
en cada caso, algunos
números ya indicados.



Para
aprender y
divertirse

CRU-
ZA-
DAS

La revista
de las
palabras
cruzadas
Aparece
martes
por medio